

¿SE INVENTO EL TELEFONO EN LA HABANA?

Por Fernando Ortiz

Al muy distinguido profesor de Física de la Universidad de La Habana doctor Manuel Gran.

Acabamos de recibir por correo aéreo unas cartas de los Estados Unidos, con sendos sellos de diez centavos, que ostentan la bien barba-da figura de Alexander Graham Bell. La administración postal de la vecina República ha honrado a dicho norteamericano, en sus nuevas series filatélicas, como el inventor del teléfono. Esta circunstancia nos ha llevado a repasar algunos apuntes y a ordenarlos en este trabajo referente a cierto personaje italiano que por años vivió en Cuba, que estuvo relacionado con los patriotas de esta isla "irredenta" y a quien muchos atribuyen la invención de la telefonía, negándole ese mérito a Mr. Bell.

Entre los numerosos italianos de toda laya que vinieron a Cuba, uno de los de mayor valimiento, después de su descubridor Cristóbal Colón, fué Antonio Meucci. Su figura no se proyecta en la historia de Cuba, aun cuando es indudable que tuvo contacto con sus libertadores y conoció sus conspiraciones separatistas. Pero su personalidad, rica de matices intelectuales y de episodios cívicos, merece un recuerdo.

Hace años, al estudiar los tratos de Giuseppe Garibaldi, el famoso libertador de Italia, con los cubanos ansiosos de dar independencia a la secular colonia de España, nos encontramos con el nombre de Antonio Meucci, ligado al de Garibaldi durante su estancia en Nueva York, al mediar el siglo XIX.

Reciente estaba aún la desastrosa campaña italiana del año 1849. Los libertadores de Italia, alentados por el Piamonte, conspiraban también contra la opresión tudena. Los reaccionarios triunfaban en todas partes, mientras el soberano piomontés mantenía con todo tesón el primer estatuto constitucional italiano. Massimo d'Azeglio y después, el Conde Camilo Benzo de Cavour, alentaban con sus gobiernos progresistas el liberalismo de la juventud de toda Italia. El Veneto y la Lombardía sufrían el yugo austriaco; la Toscana, la Romagna, las Marcas, la Umbria y el Lacio la opresión pontificia; Nápoles y Sicilia la de las reyes borbónicos... En toda la península se clamaba por la libertad.

Durante el año 1850 Garibaldi buscó refugio y descanso en América. Sus peripecias últimas no podían haber sido más dolorosa para el héroe. El 4 de Agosto de 1849, su amada Anita, la mujer que él se ganó en Suramérica mientras allí guerreaaba por los héroes libres, había muerto en Ravena, en los brazos mismos del caudillo epónimo del irredentismo itálico, y éste, perseguido a muerte como un fascinoso por un ejército de soldados austriacos y papistas, tuvo que refugiarse en el Piamonte a donde llegó acompañado de un solo soldado. Pero el Piamonte, vencido entonces por Austria, no podía amparar a Garibaldi, y éste partió para un largo destierro. Fué a Túnez y allí fué rechazado. Se

refugió en el británico peñón de Gibraltar y los ingleses lo expulsaron. España se negó a admitirlo... Garibaldi era un apestado de **liberalismo**; la reacción absolutista lo excomulgaba y negábase a sal. No era el primero ni fué el último en ese **vía crucis** de amargura por las crucifixiones de las Tiránias.

Había entonces un pueblo donde la libertad tenía culto: América. El cónsul de los Estados Unidos y unos marinos de un crucero norteamericano, fondeado en Gibraltar, ampararon a Garibaldi y le ofrecieron traerlo a esta riberas cisatlánticas en su mismo buque de guerra. Garibaldi decidió venir a América y llegó a Nueva York el 30 de Julio de 1850.

En América, los refugiados italianos, huidos del absolutismo de los Estados itálicos de entonces, lo acogieron con entusiasmo y uno de ellos que era algo dineroso lo amparó dándole albergue, labor y sustento. Este fué Antonio Meucci.

Garibaldi y Meucci convivieron íntimamente en Nueva York. Este ya había estado unido a Garibaldi en sus empresas redentoras de la patria, allá por los años

de 1844 a 1848. Antonio Meucci fué un subteniente que allí se distinguió por su heroicidad en la ejecución de misiones muy peligrosas. Estos antecedentes de Meucci explican su intimidad con Garibaldi mientras éste vivió en Nueva York. Pero Meucci estuvo también ligado a Garibaldi cuando éste trató de ayudar a los cubanos separatistas que entonces conspiraban en Nueva York con Narciso López, El Lugareño, Cirilo Villaverde y otros, de la manera tenaz y astuta pero infortunada que tan bien ha narrado el historiador cubano Herminio Portell Vilá. Y esta actitud de Meucci es

la que ahora nos interesa.

Garibaldi ahuyentaba la melancolía que avasallaba su alma con entretenimientos históricos-literarios, escribiendo acerca de la vida de los héroes que lo acompañaron en su campaña revolucionaria de Italia, y frecuentando el establecimiento de un comerciante italiano, Lorenzo Ventura, situado cerca de Broadway, en Fulton Street, en cuya tienda se reunían periodistas, literatos, artistas y personas de alto rango en la ciudad. Allí conoció a mister John Anderson, rico negociante de tabaco, (**tobaccomist**), que se interesó mucho por la causa de la independencia italiana. (HENRY TYRRELL, **Garibaldi in New York**, "The Century Magazine", de junio de 1907, Vol. LXXIV, p. 177).

Anderson y su amigo Meucci habían estado en la Habana, y conocían el estado político del pueblo cubano. Ignórase si algún otro amigo desconocido le habló de los ideales revolucionarios de Cuba, no se sabe si,—encontróse en la tienda del Ventura, con nuestro **Lugareño** o con Cirilo Villaverde, o, simplemente, que a las conversaciones con Anderson y Meucci se uniera el rumor que hasta él llegó de la intensa conspiración cubana que en aquel entonces se agitaba en New York. Lo cierto es que Garibaldi concibió el proyecto de organizar una expedición separatista a Cuba para apoyar a los revolucionarios y prestar una vez más el acerado esfuerzo de su espíritu guerrero y el prestigio de su gloriosa camiseta roja a una nueva causa de independencia. Hasta se sabe que habiéndosele observado a Garibaldi que los cubanos no tenían armas, dijo el héroe nizado: "**Un valoroso sa sempre trovare un'arma**". ("Un valiente sabe siempre en contrar un arma), aludiendo al machete, el arma agrícola

3

de las plantaciones. Pero se ignora hasta qué punto cristalizó la proyectada expedición mambisa-garibaldina.

Es fácil presumir, conociendo tales antecedentes personales de Meucci, que éste no sería extraño a las conexiones de Garibaldi con los cubanos conjurados. Acaso fué su primer intermediario. Pero la presunción se hace casi forzosa al saber ciertas circunstancias de la vida de Meucci relacionadas con Cuba. Queremos consignarlas en estos párrafos para unirlos a los publicados hace tiempo por nosotros acerca de las aproximaciones de Garibaldi y los cubanos de Narciso López en aquella época de romanticismo político, cuando en todo el mundo llamado occidental se conspiraba contra los despotismos.

Antonio Meucci nació el año 1808, en Florencia y, al aparecer en la crónica, es como "mecánico" del famoso Della Pérgola en aquella ciudad. Entonces el oficio de mecánico teatral comprendía numerosas actividades hoy divididas entre diversos operarios y suplidas por aparatos que simplifican las tareas. El mecánico de un teatro no sólo instalaba y dirigía el funcionamiento de la tramoya, sino que cuidaba del decorado, del **atrezzo**, de la utilería y de los efectos escénicos, para todo lo cual necesitaba conocimientos y habilidades de pintura, de química, de física, de historia y de artes plásticas en general.

En 1835 Antonio Meucci deja a Florencia y viene a la Habana. Vino como "mecánico" de teatro. Ya lo había sido también en Milán y Roma. Del escenario florentino Della Pérgola viene al habanero teatro de Tacón. "A la ópera de Tacón de Don Fran-

cisco y Torreno" (sic), como dice erróneamente uno de sus biógrafos, en vez de indicar el gran coliseo construido para la opulencia de la aristocracia habanera y titulado de "Tacón", por el nombre de aquel gobernador del colonialismo borbónico que como otros que le sucedieron, trató de hacerse perdonar sus crímenes cívicos con la magnitud espectacular de sus obras edilicias. Ese teatro de Tacón no fué de un "Don Francisco y Torreno", sino del localmente célebre catalán Don Francisco Martí y Torrens, quien aún vive en nuestra historia habanera como el anecdótico **Pancho Marty**, acriollados su patronímico Francisco y su apellido Martí, al cual se le dejó la ortografía anticuada, que solía escribir con una ye o i griega las ies acentuadas. Tal parece que el folklore se anticipó patrióticamente a la historia y no quiso que el apellido Martí tuviera en Cuba, por obra de aquel potentado, cruel negro y aventajado contratista de costosas obras gubernativas, una huella en la fama popular que fuese poco acorde con la gloriosa que a tal apellido levantino le tenía reservada la historia americana medio siglo después.

El teatro de Tacón se inauguró el domingo día 18 de febrero de 1838, siendo empresario su mismo constructor, concesionario y dueño, o sea **Pancho Marty**. Y se abrió con bailes. El contratista obtuvo del gobierno, como retribución de su obra, amén de pingües concesiones materiales, el privilegio de poder dar en la Habana cada año y en su teatro "seis bailes de máscaras a su beneficio, comenzando desde la semana anterior a los tres días". (MIGUEL TACÓN: Relación del Gob. Superior y Capt. Gene-



4

ral de la Isla de Cuba, Habana, 1838, p. 19.) Y así se hizo desde 1838, si bien luego los seis bailes no se celebraban seguidos y en los días estrictamente de carnestolendas, sino en los domingos de Cuaresma, sin reparo de los preceptos eclesiásticos que por esa época del año imponían el recogimiento y prohibían el jolgorio. No obstante este inicio el coliseo de Tacón fué el habanero "teatro de la Opera", donde lucían en todo su esplendor las bellezas femeninas las elegancias definadas y las riquezas inmensas de los hacendados en aquella época del apogeo del azúcar y de la esclavitud, cuando Cuba contaba con más de mil ingenios amén de otras muchas producciones y heredamientos.

Desde sus comienzos, el teatro Tacón fué concebido como un alarde del lujo que entonces era característico de la aristocracia azucarera y esclavista de Cuba. Según Serafín Ramírez, se gastaron en la obra unos \$400.000. Más debió costar aquélla, pues hay que tener en cuenta que el gobierno no dió el terreno, dió la piedra y contribuyó con esclavos y otros trabajadores. Este excesivo lujo, propio de la sociedad cubana de entonces como de toda otra a base de esclavitud y más si con dominadores improvisados, dice por qué la Habana pudo hacer un siglo contar con tan dispendioso coliseo. Refiere Jacobo de la Pezuela en su **Diccionario Geográfico, Estadístico, Histórico de la Isla de Cuba**. (Artículo **Habana**, Tomo III, p. 178) que el edificio del teatro de Tacón se terminó "acomodando su interior a los mejores coliseos de Europa y con una estructu-

ra, capacidad y elegancia muy semejante a las del teatro Real de Madrid y del Liceo de Barcelona". Panchito Marty atendió mucho a la técnica escénica. Cuenta el mismo Pezuela que "Contiguo a la derecha de la nave del teatro corre un edificio bajo con el frente a la alameda y el costado de a la calle de San José y de dos pisos por el fondo, donde están establecidas casi todas las dependencias y los talleres de la empresa; porque el perspicaz Marty, mientras fué suyo el edificio, se hacía preparar por cuenta propia, sin salir del recinto, todo lo concerniente a decoración, maquinaria y carpintería, teniendo residencia fija en él sus dependientes y más precisos operarios". Estos antecedentes del gran teatro de Tacón, explican por qué el "jete mecánico" de uno de los mejores teatros italianos pudo ser traído a Cuba. Muy bien le pagarían

Con Antonio Meucci vino a la Habana su mujer, la librepensadora Esther Mocchi, también contratada, como su esposa, para el teatro de Tacón. Ella fué encargada del vestuario mientras él lo fué de la "mecánica". La vida de los esposos Meucci-Mocchi en la Habana, como empleados del cubano teatro de la ópera, apenas dejó huellas; pero se sabe que Meucci no se conformaba con las tareas y rutinas del trabajo que le daba el sustento y buscaba en otros campos nuevos horizontes para su genial personalidad.

Por 1842 Meucci estaba interesado en el galvanismo o sea en las entonces elementales aplicaciones científicas y prácticas de la electricidad. El Capitán General de Cuba, que a la sazón lo era O'Donnell,



lo empleó en "galvanizar" ciertas armas de la tropa y los botones de los uniformes. Además, Meucci se interesaba por la telegrafía, que era aún muy reciente y poco aplicada. En esa década el mismo Samuel Morse no había terminado aún la serie de sus inventos sobre el telégrafo. En Italia, la patria de Meucci, acababa de implantarse la telegrafía, aplicándola a la ferroviaria Liorna-Pisa. El telégrafo estaba "de moda".

No sabemos cuándo Meucci salió de la Habana para Italia a combatir por su libertad contra los gobiernos absolutistas del Papa, del Borbón y del Habsburgo. Ya hemos dicho que entre el 44 y el 48 se le encuentra en Roma como oficial de las garibaldinas "camisas rojas". El año 1849 se le halla otra vez en la Habana, de nuevo dedicado a las investigaciones de la electricidad y a sus aplicaciones a la medicina.

Es en esa época y en ocasión de esas prácticas terapéuticas cuando Antonio Meucci, el italiano mecánico del teatro Tacón, inventó en la Habana el teléfono, según sostuvieron él mismo y sus amigos. El caso fué referido en una carta de su época y ha sido alegado reiteradas veces ante los tribunales federales de los Estados Unidos de América en litigios acerca de la legitimidad de ciertas patentes de invención y de la impropiedad de sendos privilegios reconocidos a favor de Graham Bell, como supuesto autor del maravilloso aparato de la telefonía, y de sus continuadores.

Se cuenta que Meucci adquirió nombradía en la Habana

como aplicador de un tratamiento eléctrico a los reumáticos y que en 1849, estando unido por unos hilos conductores con un enfermo que tenía un alambre en la boca esperando la corriente, al aplicarse ésta y provocar en el enfermo unas exclamaciones de reacción, éstas fueron trasmitidas fiel y sonoramente por el alambre hasta el oído de Meucci, quien las entendió perfectamente y con gran sorpresa. ¡Había descubierto el teléfono!

La realidad no debió ser tan simple y hay que admitir en Antonio Meucci una elaboración experimental más acuciosa y menos casual para llegar a la transmisión eléctrica de la voz humana desde una placa vibratoria que la recoge hasta otra placa que la repite, tal como él expuso en las reivindicaciones de su patente.

Manifiesta F. L. Rhodes, en su obra *Beginnings of Telephony* (N. York, 1929, p. 56) que Antonio Meucci alegaba ante el Juez Wallace (19 julio 1887) quien entendía de su pleito sobre el invento, que "mientras estaba en la Habana como maquinista y decorador de un teatro, en 1849 o 1850, él descubrió cómo obtener la transmisión de voces a través de un alambre conductor unido con varias baterías para producir electricidad" y llamaba a su invento "telégrafo parlante". Y también lo denominó *teletro-phone*, según dice Francisco Savorgnan di Brazza (En su biografía: *Tre grandi inventori italiani misconosciuti. Antonio Meucci*. Pub. por "Nuova Antologia", Roma, 1 octubre de 1927, p. 385).



6

Para algunos el invento del teléfono por Antonio Meucci fué una fábula. Con un mito lo calificó hace poco W. C. Langdon en su artículo **Myths of Telephone History**, publicado por la revista "**Bell Telephone Quarterly**" en abril de 1937. Según dice este autor, lo que Meucci inventó fué un "teléfono acústico" cuya sonoridad se producía por impulso físico directo de la voz, pero no por la electricidad, como hiciera Bell. Publicado el ensayo de Langdon por una revista de las titánicas empresas telefónicas muy celosas de la legitimidad de las patentes de invención en cuya propiedad se basa la perduración de sus monopolios, ello en rigor no prejuzga a favor ni en contra de sus argumentos, los cuales dejamos a los investigadores y jueces científicamente preparados en la historia de la técnica telefónica. Sin embargo, no podemos darnos por satisfechos con la dogmática afirmación de Langdon, máxime cuando éste deja en silencio, sin analizarlos ni mencionarlos siquiera, una porción de datos concretos y precisos aducidos

todavía hoy por los apologistas de Meucci. Y este silencio inexcusable sí parece provocar la suspicacia del prejuicio.

Acaso la más documentada monografía acerca de ítema sea la del diputado socialista y científico italiano Umberto Bianchi, titulada **La rivendicazione di una gloria italiana. Antonio Meucci, inventore del teléfono**, Roma, 1923. Pero este opúsculo, cuya noticia debemos a la fina cortesía del egregio colega Francesco M. Gaetani, Vicedirector de "**La Civiltá Cattolica**" de Roma, hace años que se agotó y nos ha sido imposible encontrarlo en las bibliotecas de la Habana, New York y Washington. Según hemos leído en otra obra anterior del mismo Umberto Bianchi, **La telefo-**

nia seuza filo (Milán, 1920, p. 3) "la paternidad del invento del teléfono ha sido reivindicada por sus herederos", pero carecemos de otros datos aportados por U. Bianchi.

En cambio son muy elocuentes los consignados por la moderna **Enciclopedia Italiana**, en el artículo biográfico de Antonio Meucci debido a la investigación y pluma del Profesor Giorgio Díaz de Santillana, a cuyo cargo está, en la excelente enciclopedia, la historia de las ciencias físicas y matemáticas. Según Díaz de Santillana, fué en la Habana donde Meucci inventó el primer aparato telefónico. Fué por 1849 a 1850 y es de suponerse que su deseo de sacar a su descubrimiento el condigno beneficio económico, lo hizo abandonar el ambiente habanero, pequeño y poco propicio a estas audacias del capitalismo industrial que no fuesen las azucareras, y trasladarse a un país desconocido por él pero capaz de ofrecerle el ambiente y el capital necesarios para el desarrollo empresarial de un invento tan prometedor como el "telégrafo parlante".

El 7 de abril de 1850 de nuevo dejó la Habana Antonio Meucci, esta vez con su esposa, con el tenor Salvi y con veinte mil pesos que en Cuba ganó y tenía ahorrados, según refiere Daniel Santoro (En su discurso **Antonio Meucci, the inventor of the telephone**. N. York). Pocas semanas después ocurría en Cárdenas el desembarco de la legión libertadora de Narciso López. ¿Por qué se fué entonces Meucci de la Habana? ¿Lo obligaría el gobierno colonial, que entonces estaba muy alarmado por lo agresivo de las conspiraciones separatistas? ¿Desconfiarían las autoridades del masón y garibaldino Meucci? ¿Estaría éste tal vez complicado en las agitaciones revolucionarias?



7

No se sabe si Meucci "hizo política" en Cuba; pero siendo garibaldino llevaba consigo el romántico fervor por las libertades que era característico de aquella época. Y en Cuba la juventud liberal seguía con pasión las peripecias del liberalismo italiano contra sus opresores. Ya en 1831 el bardo habanero José Luis Alfonso, Marqués de Montelo, cantó a la Italia irrendenta:

"Alza Italia, la frente ra-
(diante
Del oprobio en que yacen su-
(mida,
Recupera la gloria perdida
Y renueva el marchito laurel!

Sal al campo, a la lid san-
(guinosa,
Con tu antiguo valor te aba-
(lanza,
Blande fiera la espada y la
(lanza
Duro abraza y brufido el
(pavés!"

Los cubanos se inspiraban en la patria de Mazzini y al cantar por la liberación de Italia propagaban las ideas de la liberación propia. Así ocurrió durante todo el siglo XIX. La participación de Garibaldi en las guerras emancipadoras de Cuba llegó a tenerse por segura. Un historiador español, nada sospechoso de cubanofilia, refiere que al famoso José Garibaldi, quien después de acreditar sus hazañas revolucionarias en Italia residía en la República Norteamericana, los conspiradores emigrados de Cuba le ofrecieron el mando de la nueva expedición que preparaban contra la Isla, a lo cual Garibaldi se negó por estar entonces pendiente de los acontecimientos de su país. (JUSTO ZARAZOGA. *Insurrecciones de Cuba*. Madrid, 1873. T. II, p. 613). El "Diario de la Marina" de la Habana denunciaba, el 4 de agosto de 1850, que en la expedición que tramaba el General Narciso López iría también el italiano José Garibaldi. Lo mismo publicaban varios diarios norteamericanos

(F. ORTIZ. *Garibaldi por Cuba Libre*. "Rev. Bimestre Cubana", Habana, 1938. Vol. XLI No. 1 p. 129). Cuando estalló "la guerra grande" Garibaldi públicamente declaró sus simpatías por Cuba Libre. En sendas cartas de 1870 a la patriota cubana Emilia Casanova de Villaverde le escribía estas palabras:

"Con toda mi alma he sido con ustedes desde el principio de su gloriosa revolución.

No es sólo la España que pelea por la libertad en casa y quiere esclavizar a los demás pueblos afuera.

Yo, pues, seré toda la vida por los oprimidos, sean reyes o naciones los opresores"...

"En otra mía ya manifesté a usted el interés que tenía por la libertad de Cuba. Yo soy por los republicanos d'España, pero, no, por ese gobierno reaccionario, y deseo a su bella patria la total independencia por la cual tan heroicamente pelea".

Ese mismo año de 1870, el gran patriota Giuseppe Mazzini se dirigía a un general del ejército yanqui y le decía respecto a Cuba:

"Estoy dolorosamente afectado por la actitud indiferente de los Estados Unidos hacia Cuba. El último acto del gran drama americano se está representando en aquella isla; la insurrección cubana es la consecuencia directa de vuestra guerra de emancipación. No es lógico, ni es bueno, ni es digno, que los Estados Unidos levanten una bandera, y después abandonen, con indiferencia, a la muerte, a aquellos que se han dicho a sí mismo: "Ya ha llegado la hora"..."

"Aparte de lo sagrado del objeto, aparte del interés que tiene el pueblo norteamericano en la causa porque están muriendo los cubanos, hay algo de grandioso y de nuevo en el espectáculo de amos y esclavos que pelean juntos en la misma fila, y el corazón de hombres como Grant, Sumner y Fish ha debido palpitar lleno de entusiasmo..."

8

“Si algo hubiese en el Mundo capaz de rendir mi espíritu, sería la actitud inerte y negativa que ha tomado vuestra nación en presencia de la lucha cubana”...

Pocos meses después, el 20 de septiembre de 1870 los italianos entraban en Roma, acabando con el poder papal y haciendo la unidad patria. Todavía en 1896, ya en la última guerra de independencia, los españoles abominaban de los italianos, sobre todo aquella parte de la clerecía, intolerante, absolutista y guerrillera. Los altos jerarcas de la Iglesia bendecían las tropas borbónicas que partían a la guerra contra el pueblo cubano, que en América quería establecer una nueva república democrática separándose de la España; y el clero colonial se desataba en iras contra la Masonería y demás instituciones del trabajo liberal. Era, pues, lógico, que en Cuba las autoridades miraran de reojo a los hijos de Italia. “Los italianos que van a Cuba deben ser muy vigilados porque suelen ser desharrapados garibaldinos o crispinos y con los *san ti di barri, boniti e barati*, como se dice, propagan malas doctrinas”. Así decía un presbítero español de los más anti-cristianos y tiranuelos que vió el país, en un libro suyo contra los cubanos (J. B. CASAS. *La guerra separatista de Cuba*, Madrid, 1896, p. 375).

Si Meucci no estuvo mezclado en las conspiraciones separatistas de Narciso López, seguramente que participaba mentalmente de los ideales del irredentismo cubano. Era un garibaldino y esto bastaba. Era un masón, y esto también era entonces bastante para que fuera liberal, demócrata y contrario al absolutismo.

En el año 1859 ninguna potencia europea estaba asentada en Marruecos y España ocupaba entonces las plazas de Ceuta, Melilla, el Peñón de los Vélez de la Gomera (islole rocoso que emerge frente a los acantilados rifeños) y la isla de Alhucemas fronteriza con la hermosa bahía del mismo nombre. El viejo león español dormía dentro de los puntos citados — débiles bases sobre el litoral marroquí — sin pensar en penetrar hacia el interior del imperio de Marruecos, porque sus ya menguadas actividades americanas absorbían toda su atención.

Pero algún día habría de cumplirse para España, ese determinismo señalado en la Geografía Política, de ocupación de las costas a la otra orilla del mar, las marroquíes, ocupación base de la seguridad de las costas andaluzas del Mediterráneo, estrecho de Gibraltar y Atlántico.

En 1859 a consecuencia de agresiones hechas por los moros de la kabila (1) de Anyera a unas obras del campo exterior de Ceuta, las relaciones entre España y el Sultán de Marruecos Muley el Abbás, se hicieron muy tirantes; la guerra era inevitable, e Inglaterra considerándolo así, advierte al gobierno español que **SI EN EL CURSO DE LAS HOSTILIDADES LAS TROPAS ESPAÑOLAS OCUPARAN TANGER, ESTA OCUPACION SERIA TEMPORAL Y NO SE PROLONGARIA DESPUES DE LA RATIFICACION DE UN CONVENIO DE PAZ ENTRE ESPAÑA Y MARRUECOS, POR QUE UNA OCUPACION HASTA EL PAGO DE LA INDEMNIZACION DE GUERRA PO-**

9

DRIA HACERSE PERMANENTE Y A LOS OJOS DEL GOBIERNO DE SU MAJESTAD BRITANICA, LA POSESION DE TANGER, SERIA INCOMPATIBLE CON LA SEGURIDAD DE GIBRALTAR (2).

Inglaterra, perspicaz, sabe que los moros son malos clientes para pagar; que por ello, la ocupación de Tánger en garantía del pago sería indefinida; y celosa de su dominio en el estrecho de Gibraltar, no podía consentir que otra potencia se estableciera en Tánger, constituyendo así el embrión de una amenaza para el peñón inglés. La campaña contra el sultán de Marruecos (1859-1860) fué corta, sangrienta, gloriosa e inútil. Las tropas españolas saliendo de Ceuta ocuparon Tetuán y el Fondak de Ain-Yedida (3), posición estratégica, esta última, sobre el camino de Tánger. Cuando el general O'Donnell orientaba sus tropas victoriosas hacia dicha plaza, Muley el Abbas pide la paz, firmándose ésta en Tetuán el 26 de abril de 1860. La sutil diplomacia inglesa ha convencido al príncipe musulmán de que es inútil seguir la lucha y que debe pedir la paz. Ha llevado al ánimo del gobierno español el convencimiento de que sus tropas no deben seguir hacia Tánger, porque Inglaterra se opone a ello. España evacua el territorio conquistado, obtiene veinte millones de duros de indemnización y soberanía en Santa Cruz de Mar Pequeña (Ifni), para instalar allí unas

pesquerías. Aumenta el prestigio español en Marruecos, pero España sólo obtiene unas migajas porque el tan nombrado territorio de Santa Cruz de Mar Pequeña (Ifni), es una nebulosa geográfica, casi desconocida y pre-desértica, allá situada frente a las Islas Canarias. Tánger se escapó de las manos de la débil España. Inglaterra, fuerte e imperial, así lo quiso.

Durante el siglo XIX la opinión de Londres ha pesado grandemente en la voluntad del sultanes de Marruecos. A partir de 1900, Francia inicia una política de creciente captación del Majzén, (4), tanto más honda cuanto que en el decurso de los años disminuye progresivamente la autoridad

Antonio Meucci fué despojado de su invento.

En tal abatimiento estaba Antonio Meucci a comienzos del año 1876, cuando se enteró de que "el mismo día", el 6 de febrero de 1876, Mr. Alexander Graham Bell, de Boston y Mr. Elisha Grey, de Chicago, habían presentado separadamente a la autoridad competente solicitudes firmadas pidiendo se inscribiera legalmente a su favor la patente de invención del teléfono. Y ante el requerimiento de la autoridad, incapaz por sí de dilucidar el aparente sincronismo de las dos invenciones de un mismo adelanto físico, Mr. Graham Bell juró con mano en la Biblia la prioridad de su descubrimiento, con anterioridad al de Mr. Elisha Grey. Antonio Meucci no entra para

(1)—Kabila es una unidad territorial, gubernativa, judicial y política. Está gobernada por un kaid asistido de un jaldá. No se dice kábila ni califa.
(2)—Nota del Embajador de Inglaterra al Ministro de Estado en Madrid.
(3)—En árabe, quiere decir, posada de la fuente nueva.
(4)—En árabe quiere decir Gobierno Imperial.

10

nada en esta escena; pero pronto estalla la tormenta y la episódica vida del italiano se acerca a un final digno de la pintoresca película biográfica que un día tendrá.

Parece que el incidente Bell Grey fué terminado con ajustes privados. Y al establecerse la explotación negociante del teléfono, la empresa telegráfica cuyo era el presidente a quien acudiera Meucci, sin otro resultado que oír que sus documentos "se habían extraviados", recibió durante algunos años cierta participación en los grandes beneficios de la novísima compañía telefónica de Bell, ascendentes a millones de pesos...; pero todo esto no impidió que el 17 de agosto de 1885 un tal Ben. thispen entablara un proceso criminal contra Graham Bell, acusándolo de perjurio y como falsario al atribuirse sin razón la paternidad del teléfono.

El escándalo sacudió al pueblo y a las altas autoridades; pero la compañía telefónica fundada sobre la patente otorgada a Bell, la Bell Cy, era ya no sólo muy poderosa y ricamente subvencionadora de las empresas periodísticas, sino muy influyente en Washington. El Presidente de los Estados Unidos, el demócrata Cleveland, creyó necesario iniciar una investigación acerca de la verdadera paternidad del teléfono. Pero la prensa norteamericana defendió a Graham Bell, el yanqui ahora rico, contra Meucci, el oscuro inmigrante italiano, y la presión de los intereses ya establecidos fué tan intensa y eficaz que Cleveland ordenó que no prosiguiera la investigación oficial, siendo ésta so-

breseída; acaso cuando más necesaria era su continuación pues se descubrió que todos los manuscritos y antecedentes depositados por Antonio Meucci habían "desaparecido" del archivo oficial del gobierno en Washington, donde debieran hallarse.

El año 1886, según dice G. Díaz de Santillana y es silenciado por W. G. Langdon, el Tribunal Supremo de los Estados Unidos por sentencia declaró comprobada definitivamente la prioridad del teléfono de Antonio Meucci, pero esta victoria era simplemente "moral", pues ya había caducado todo derecho a la original patente a favor de Meucci desde el año 1873 y nada

cabía hacer ahora en su favor. Y el infortunado florentino, que en la Habana inventó el teléfono pronto hará cien años, moría poco después de "su victoria moral" hundido "en la más escuálida miseria", según frase de I. G. CAPALDI. (En su reciente artículo *Sistemi di Telecomunicazioni, "La Civiltà Católica"*. Roma, 15 de abril de 1939).

Según noticias que acabamos de leer en una revista romana (*Echa e Commenti*, Roma, 20 settembre 1940, p. 541), ha sido editada recientemente en Italia por la Sabauca Film, una película titulada *Antonio Meucci. Il Mago di Clifton*, con la vida del gran tramoyista del teatro de Taccón. En esa película se hace figurar, no sabemos si con verdad histórica, una bella y célebre cantante llamada Consuelo Ispahan, que brilló en la tormentosa vida de Meucci, según dicen los cinematógrafos, como una estre-

M

lla ligada a su destino con tierna y desinteresada amistad. Esta Consuelo escapó de la muerte gracias al socorro que le llegó mediante el funcionamiento del rudimentario primer aparato de teléfono descubierto por Meucci y, al conocer los trastornos de que era víctima el inventor por los usurpadores de su gran descubrimiento, compareció espontáneamente ante el tribunal americano, convenciéndolo, aunque ya tarde, de la prioridad de la invención de Meucci sobre la pretendida de Graham Bell. Se dice que este episodio ha sido construido según los autos judiciales existentes en los Estados Unidos; pero no sabemos lo que haya de positivo en toda esta romántica peripecia.

Si la bella Consuelo salvó su vida por medio del primer teléfono de Meucci, cabe pensar que la escena ocurrió en la Habana. Quizás fué cantante de ópera en el habanero Tacón. Averigiéndonlo Emilito Roig, Federico Villoch o Gustavo Robreño, que saben de esas crónicas teatrales de la Habana colonial y opulenta. Siendo así, los autores de la película han tenido a su alcance las posibilidades estéticas de un ambiente tan pintoresco como el de la Habana de mediados del siglo XIX, la de los quitrines y volantes con sensuales damiselas criollas, vestidas de crinolina; la de los negritos curros y de las mulatas de rumbo; la Habana del famoso artista Landaluze. Ignoramos si en la reciente película italiana se

aprovechan los años habaneros de Antonio Meucci. Será interesante también, por otro concepto, ver el tratamiento que la cinematografía de la Italia hodierna de los fascistas ha dado a las heroicidades garibaldinas de Meucci, realizadas en su juventud por la redención liberal de su patria contra los despotismos tudescos, borbónicos y papistas.

Quizás Italia se prepare para celebrar el primer centenario del invento del teléfono, comprendiendo en sus conmemoraciones la emisión de un sello de correo con la efigie del inventor Antonio Meucci y la vieja fachada de nuestro histórico Teatro de Tacón de la Habana. ¡CHI LO SA!

M. Dic 10/40